

Los gallegos siempre sonrían. Nunca sabes si se burlan de ti, si les caes simpático o si todo lo que están intentando es ser amables. El día en que llegamos a Finisterre lo ignoraba; por eso me desconcertó la señora de la casa de turismo rural en la que nos alojamos mis padres y yo al comienzo del verano pasado. Sonreía todo el tiempo. En Madrid las personas no sonrían, están demasiado ocupadas intentando estirar su tiempo. En mi ciudad natal aún sueñan con que el tiempo es un chicle y que se puede tirar por un extremo para poder meter más cosas para hacer en su interior. En la Costa de la Muerte el tiempo es como un bizcocho que se va cociendo en un horno. Luego se puede cortar en trozos y dejar alguno para una tarea del día siguiente, o para semanas después, porque sobra.

La propietaria de la casa de Camariñas en la que nos alojamos, la señora Agripina, preparó un bizcocho con almendras amargas y pasas dulces para nosotros la misma tarde en que llegamos. Mamá y papá le riñeron suave y educadamente por el detalle, ella alegó que era una manera de ocupar el tiempo y que a su marido, un anciano llamado Nicolás, le gustaba mirar el horno mientras se cocía la masa. Carecía de algo más divertido que hacer en aquella cocina amplia de la que casi nunca salía desde que se jubiló. Mis padres, dominados por el concepto de tiempo-chicle, decidieron que tenían que usar adecuadamente cada segundo de aquella semana. Así que se calzaron unas botas de montaña Dakota Lite que habían comprado en la sección de deportes de El Corte Inglés de La Castellana y salieron a pasear por los alrededores. El paisaje era muy verde, estaba lleno de castaños y robles; como si José Luis Cuerda hubiese olvidado desmontar el decorado de una película.

El atardecer se había quedado bien agradable, con un sol tibio y una brisa leve. Pedí una bicicleta de montaña a la señora Agripina. La mujer me acompañó hasta la cuadra y me indicó dónde estaban las bicis para que yo cogiese una cuando quisiera. Era amarilla y aún tenía manchas de barro que parecían venir de fábrica. Salí a recorrer el entorno de la casa.

Me desvié de la carretera por la que se abandonaba la casa para enfilarse un sendero, siempre en dirección al mar. Un agradable olor salado me penetraba con intensidad por la nariz. Su luz azul tiraba de mí como si un jugador de rugby me hubiese cogido por la camiseta de Lo-

Chicles y bizcochos

Jaureguizar

reak Mendián. Pedaleando, pedaleando, encontré una construcción llamativa: un muro de piedra, de unas dimensiones que imitaban a las de un campo de baloncesto, rodeaba otro; el muro interior era de la mitad de extensión, pero del doble de altura. Me bajé de la bicicleta y la apoyé en la entrada del recinto menor. Entré. Había varias tumbas. Flores mustias certificaban ceremonias de recuerdo. Los nombres de los muertos estaban en inglés. No esperaba eso en Galicia. El cansancio me estaba venciendo y decidí acostarme un rato sobre una de las lápidas. El sol calentaba lo necesario y estaba resguardado del noreste, así que me relajé en seguida.

El tiempo cambió de pronto. Un relámpago agrietó el cielo y anunció una tormenta furiosa. Un chaparrón empezó a mojar la costa y el cementerio y a mojarme a mí. Pero no lograba moverme. Era sorprendente. El agua estaba empapando mi cuerpo y él no respondía para levantarse y escapar hacia la casa de turismo rural. Muerto no estaba, porque mantenía la conciencia, pero aquella parálisis era lo que más se parecía a estarlo.

Cuando me desperté, me pareció que me había quedado dormido en un charco. Estaba tan mojado que ni me preocupó aquel olor denso a sudor podrido que me había repugnado desde nuestra salida del muelle de Plymouth. Me levanté deprisa para intentar subir a cubierta. El camarote estaba a oscuras y tuve que ir palpando para intentar encontrar la puerta.

Algunos de los otros grumetes estaban de guardia, pero la mayoría estaban encerrados como yo. Se habían despertado y chillaban en la busca de un hueco para escapar. Los aprendices dormíamos en la proa. Diría que la mar había agujereado el *Serpent* cerca de nuestro habitáculo. El crucero trimotor, uno de los ocho torpederos con los que la Marina Británica había renovado su flota en este fin del siglo XIX, se mecía con furia. Difícilmente daría con la salida entre sacudida y sacudi-

da. Los gritos de mis compañeros no me dejaban concentrarme. Al fin, Richard, que era el mayor de nosotros porque tenía 16 años, gritó: ¡Por aquí! Todos avanzamos tras él por los pasillos hasta dar con la trampilla que daba acceso a cubierta. La lluvia nos pinchaban en la cara y el viento insistía en arrancarnos del buque y llevarnos con él.

En ese cuarto de hora me arrepentí completamente de haberme enrolado. Mis padres habían muerto, yo carecía de otra familia, descontenta una tía seca que residía en Manchester, con la que no me apetecía convivir y pensé que, embarcándome, comería todos los días y visitaría puertos de todo el mundo.

—¡Estamos naufragando! —nos confirmó el también grumete Mathew cuando llegamos a su lado. Se había aferrado a uno de los mástiles—. ¡Las luces! ¡Nos engañaron las luces! ¡El comandante se guió por ellas! —indicó en medio de la oscuridad y el chaparrón señalando la masa informe de rocas que aguardaba a que el mar enviase una ola que nos aplastara contra ella.

—¿Qué luces? —preguntamos Richard y yo a la vez sin escucharnos el uno al otro.

La cara rígida de nuestro compañero de aprendizaje nos llevó a volvernos a los demás. Una ola negra, ancha y poderosa como una ballena, venía hacia nosotros y nos iba a barrer contra los bajos de la costa. Nuestra luz, ya enferma, estaba a punto de apagarse.

Sonó el móvil. Era mamá. Se mostró muy enfadada porque el cielo se había teñido ya de Coca-Cola y estaba lloviendo.

—¿Puede saberse dónde estás?

Me descubrí en un cementerio, despatarrado sobre una tumba, pero no le podía confesar eso a mi madre.

—Busqué refugio en una cueva cuando empezó la tormenta. Voy *enseguidita*, mamá.

—¿Quieres que vaya buscar-te papá? —mamá parecía preocupada.

—¡Ah! No hace falta. Estoy cerca de la casa y sé el camino de vuelta.

—Estás seguro, peque? —se interesó mi madre con una voz insegura.

—Que sí, mamá.

Al llegar, la bronca fue peor que un temporal en la Costa da Morte, pero al día siguiente me levanté y me acerqué a la cuadra para buscar la bicicleta. Mamá era como una galerna: furiosa, intensa, pero en seguida le pasaba el enfado y yo hacía lo que quería.

En la cuadra encontré a Nicolás. Estaba limpiando una pieza de cuero con un palo quemado en la parte superior.

—¿Para qué sirve eso?

El viejote sonrió.

—Cosas de los antepasados. La estoy limpiando para colocarla sobre la chimenea de la casa. Los visitantes quedan encantados con estas cosas antiguas.

—Parece antigua, sí. ¿Para qué se usaba?

Nicolás volvió a sonreírme.

—Es de los tiempos del hambre. Aquí, en la Costa de la Muerte, hubo mucha miseria.

Un relámpago mental me devolvió las luces que habíamos visto desde la cubierta del *Serpent* durante el naufragio. Habían confundido a nuestros comandantes. El golpe fue brutal, pero yo logré gatear hasta una roca. Después, quedé agotado.

Horas después del amanecer desperté en una cama. Un hombre de mejillas brillantes y sotana negra me indicó que estaba en la casa parroquial. Transcurridas unas semanas, nuestras autoridades le regalarían una escopeta de caza en agradecimiento por auxiliar a los tres supervivientes de los 172 tripulantes que íbamos en el buque escuela.

Tras recuperarme, decidí que nunca volvería a embarcarme y, casi a la vez, me di cuenta de que no tenía un hogar al que regresar en Gran Bretaña. Me quedé a vivir en el pueblo de la Costa da Morte. Con el tiempo y la necesidad, yo también ataba en los cuernos de los bueyes una mosquera como aquella que manejaba Nicolás un siglo más tarde. Soltábamos a las bestias por la noche por las zonas altas de los acantilados. Nosotros nos acostábamos a la espera de que cayese alguna presa entre los buques que pasaban por delante de nuestras afiladas costas. Al cura le desagradaba que nos ganásemos la vida así, pero era consciente de que él podía comer suficiente todos los días y no nos reprochaba nuestros crímenes. Sonreía con indulgencia.